**Domingo 32º del Tiempo Ordinario (A). 12.11.2017: Mateo 25,1-13.**

***“Piedras o personas…, ¿en qué esperas?”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Tercer domingo ya antes del final del año de la iglesia. Se nos acaba el tiempo de leer semana a semana el Evangelio de Mateo. Y para no faltar a la cita de mis críticas recuerdo que el relato del capítulo vigésimo quinto de este Evangelio no se comprenderá decentemente si no se ha leído el anterior, el vigésimo cuarto. ¿Por qué en nuestra iglesia del laureado papa Francisco sólo se nos leyeron los versículos 37-44 en el primer domingo del pasado Adviento? Lo ignoro.

*“Entonces el reinado de los cielos será semejante a diez vírgenes que…*”(Mateo 25,1). Así comienza el relato que se nos leerá en las eucaristías el domingo día doce de noviembre. Casi estoy imaginando que en tales liturgias, el sacerdote, único celebrante y lector y comentador de la palabra, abrirá su boca para decirnos: “En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola”. Y será verdad, porque el relato de Mateo 25,1-13 es una parábola. ¿Pero en qué contexto está contada por el Evangelista?

En vez de celebrar con tales celebrantes, celebraré el domingo leyéndome el quinto y último discurso que Mateo pone en labios de su Jesús de Nazaret (capítulos 24 y 25 de su Evangelio). ¡Qué bien lo expresa este Mateo: *“Y sucedió que, cuando acabó Jesús todos estos discursos, dijo…”* (26,1)! Los cuatro anteriores discursos ya los conoce sobradamente todo lector u oyente de la palabra, me digo y me lo repito: Mateo 5-7; 10; 13; y 18.

Sin embargo, deseo decir que este quinto discurso de Jesús, como cinco fueron los libros de la Ley de Moisés, tiene unos destinatarios muy precisos y un lugar muy específico: *“Salió Jesús del templo y a sus discípulos boquiabiertos por la grandiosidad del templo les dice: ¿veis toda esa belleza y ostentación de la religión? No quedará piedra sobre piedra. Todo quedará destruido…”* (24,1-3). Y esta nueva realidad sucederá cuando cada uno de su oyentes de entonces y sus lectores de ahora deseen desde sus adentros que así suceda.

Pero ya estamos viendo siglo tras siglo que, aunque aquel templo de grandezas salomónicas ‘casi’ desapareció, pronto se fue transformado no solo en una dorada mezquita que quita el sueño de tantos muslimes por su Alá, sino en una hidra de mil templos desparramados por el mundo de las conquistas de la cristiandad, primero y de la catolicidad después. Y, ¿cómo no admirarse de las esbeltamente alargadas agujas góticas, cúpulas clásicas, portadas barrocas, santuarios neoclásicos, neogóticos, ortodoxos…?

Mientras ‘respira’ todo este mundo de templos, catedrales, ermitas, basílicas… y demás osten-tosos monumentos religiosos para ‘unos dioses del oro de la piedra’, no llegará el reinado del dios que es cada persona. Quienes alimentan a este omnipresente e insaciable ‘dios de las piedras’, ¿no son como esas vírgenes que se acaban quedando sin aceite para mantener encendida la lámpara de un dios que no ve, ni oye, ni habla…, como les sucede a las piedras?

Las vírgenes sensatas de la parábola de Mateo, ¿no son personas que, como Jesús, alimentan la luz de sus lámparas no en el aceite de ningún credo, sino en el aceite del ‘hacer a los demás aquello que deseas que te hagan’? ¡Cuánto más se tiene y usa de este aceite, más abunda!

**Domingo 51º del Evangelio de Marcos (12.11.2017): Marcos 15,42-47.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Estoy llegando Contigo al final de los comentarios de este Evangelio llamado de Marcos. Lo soñaba, pero ahora el sueño tiene perfiles definidos e identificables. Es como si se acabara un día o ‘el día’: *“Y ya al atardecer…, en la víspera del sábado, vino José de Arimatea…”* (Marcos 15,42).

La Evangelista nos ha situado ya en la tercera y última parte de su decimoquinto capítulo de su narración sobre Jesús de Nazaret. El capítulo de su sepultura. El capítulo del último día de la vida del laico y galileo Jesús de Nazaret. De esta persona, según su autora, ya no sabemos más. Jesús ya no habla, ya no come, ya no toca, ya no escucha, ya no anda, ya no vive. Lo ha sepultado una persona, desconocida hasta ahora para cualquiera de los lectores, José de Arimatea, un miembro respetable del Sanedrín de los judíos. ¿Qué hubo en vida entre ambos?

Este hombre es el protagonista de la sepultura y de todo cuanto se debía hacer para sepultar a un hombre. Adquirió todos los permisos de la autoridad competente, que era Pilato, para encargarse del crucificado. Descolgó de la cruz el cuerpo de su crucificado para colocarlo con toda su dignidad en un sepulcro seguro y nuevo: *“Luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro”* (Marcos 15,46). ¿Qué hubo en vida entre este José y Jesús de Nazaret?

Junto a este desconocido José, vuelven a aparecer dos mujeres en este breve relato de la despedida de Jesús: *“María Magdalena y María la de José se fijaban dónde colocaban a Jesús”* (Marcos 15,47). Estas mujeres son las que estuvieron siempre con Jesús, desde Galilea hasta aquí. Desde que comenzó Jesús su tarea evangelizadora (Marcos 1,14) hasta que fue sepultado. ¿Quién, sino ellas, puede hablar con conocimiento de causa de Jesús de Nazaret? Y ellas hablaron, y me atrevo a afirmar que escribieron, de lo que sabían y de lo que se les había pegado a la piel de fuera y de dentro de sus cuerpos sobre ese galileo llamado Jesús.

En estos momentos del silencio absoluto de Jesús y de la inmensa presencia de su ausencia, ¿dónde están los Doce, tan famosos después para algunas mentes interesadas? ¿Dónde está Bartimeo de Jericó que entró en Jerusalén con Jesús y nada más se supo de él? ¿Dónde está María de Nazaret a la que luego la tradición le dibujó tan maternal? Si hubo discípulo amado, ¿dónde estaba ahora? Y Pedro, si iba para papa primero, ¿por qué no está aquí, para luego poder hablar de ello y evangelizar? ¿Y los llamados de Emaús?... Nadie. José y unas mujeres.

A veces pienso que aquella sepultura de las canteras de las afueras de Jerusalén se parece tanto a nuestra iglesia… ¡En ellas están Jesús de Nazaret muerto y las mujeres que lo llevan tan adentro y tan vivo, en silencio o silenciadas! ¿Por qué ahora y siempre mandan los Doce-Doce?

La narración sobre aquel Jesús de Nazaret, su persona, vida y misión, podría haber acabado aquí. En su sepultura. Y no es así. Aquella vida de Jesús continúa, porque **el sepultado vive en los adentros de un puñado de mujeres que no le han dejado ni marcharse ni morir**. Pero eso se cuenta ya *‘pasado el sábado’* (16,1). Hasta aquí, lector contemplativo crítico, me quedo con el silencio de Jesús y la presencia de su ausencia para leer el testimonio de María de Magdala.